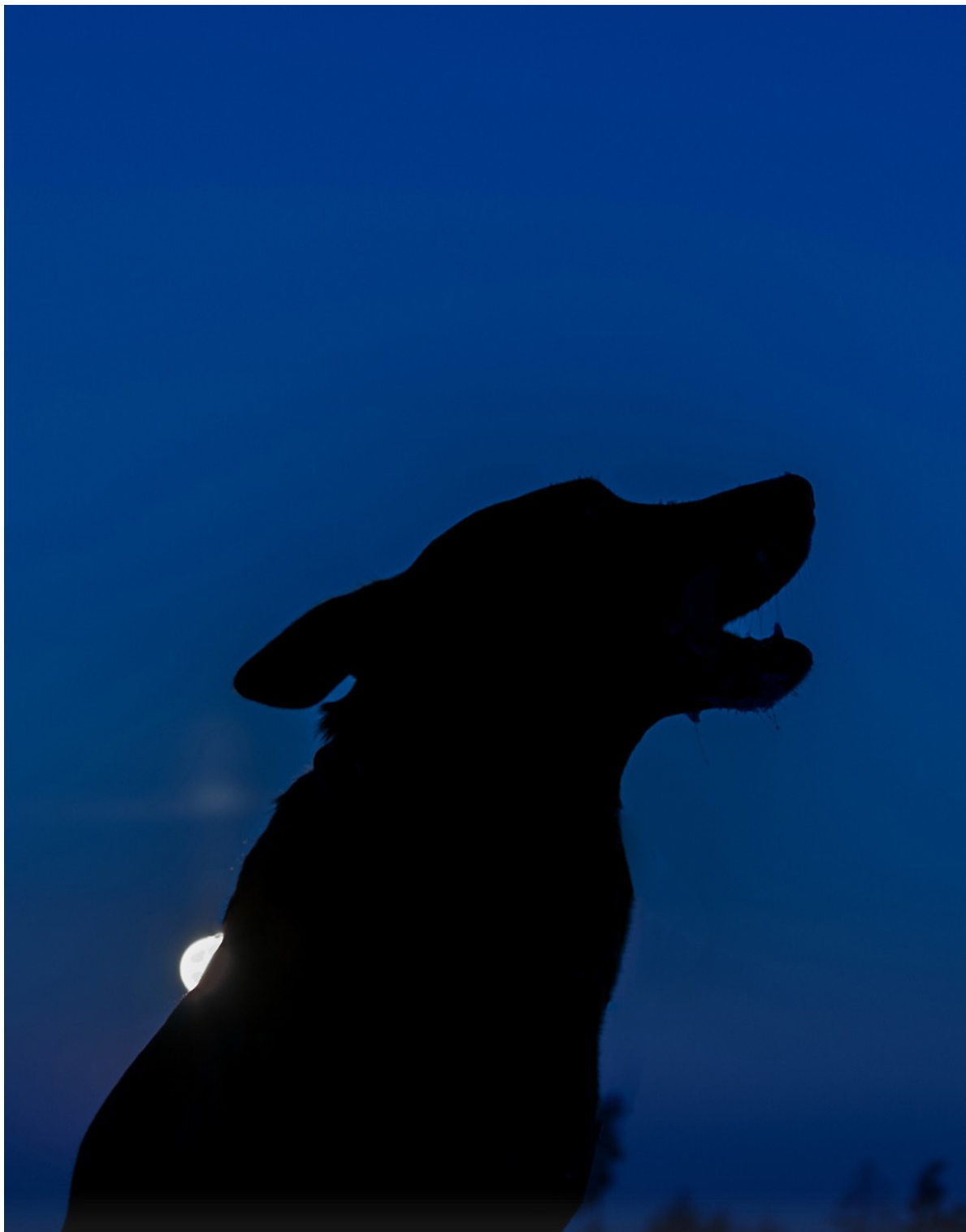


Los perros que solian ser humanos

Bryan De luna



Capítulo 1

LOS PERROS QUE SOLIAN SER HUMANOS

Por: "Space invader"

Nunca creí en sucesos paranormales o cosas de ese estilo, nunca, hasta aquella vez que conocí a los perros que solían ser humanos.

Era invierno del 2006, en ese entonces yo tenía 17 años. En la comunidad que yo vivía había incontables leyendas paranormales, tantas, que de ser ciertas el pueblo estaría poblado en su mayor parte por fantasmas. Todas estaban dentro de lo común, el clásico "Aquí se murió, aquí se aparece" y su amplia lista de variaciones que a veces degeneraba en historias inverosímiles totalmente carentes de sentido, todas excepto una. Una que solo relataba mi abuelo, nunca le llegué a oír de nadie más. La historia contaba que, en aquel pueblo, las personas que habían sido malas en vida, es decir, asesinos, violadores, incluso avaros o simplemente personas que por buenas razones eran consideradas "Nefastas" por el resto, eran castigadas al morir, reencarnando como perros callejeros por la eternidad. Pero no la clásica forma de perro callejero que todos alguna vez hemos visto, si no una forma "horrida y decadente de perro callejero" según términos de mi abuelo. Esa historia, en particular, me llamaba la atención y en lo personal era mi favorita, ya que escapaba de el cliché de la mayoría de las leyendas de miedo, pero hasta ahí, simplemente me agradaba cada que mi abuelo la contaba, nunca le di mas importancia fuera de eso.

Aquella noche ya era tarde, como entre las diez y la once, realmente no estaba al tanto del reloj, venía una quedada con unos amigos, habíamos charlado de distintos temas pero cabe recalcar que, al menos yo, no había consumido ni una gota de alcohol, aun así no me percate de que ya se me había hecho tarde para llegar a casa, así que iba un poco de prisa, y justo a dos cuadras de mi hogar los vi por primera vez.

Pude visualizar unos diez u once perros, pero debido a la creciente prisa que llevaba, no me percate que eran aquellos que mi abuelo relataba en su historia, solo vi de reojo y alcancé a ver que uno de ellos estaba encima del contenedor ubicado en la esquina de la cuadra, y que, cuando pase por el lado contrario de la acera, todos dirigieron su mirada hacia mí. Nada particularmente destacable, o eso creía. Llegué a casa e hice algunos deberes, tome una ducha y me disponía a dormir cuando, cual "Flashback" las memorias de lo ocurrido unas horas antes vinieron a mí, causándome el primero de varios insomnios. Me quede pensando en la imposibilidad que tenía la posición en la que se encontraba aquel perro que estaba arriba del contenedor, ya que dicho contenedor se encontraba a una altura imposible de alcanzar para la estatura de aquel animal, no

había manera coherente para imaginar como ese perro llegó hasta esa altura. Tuvo que, literalmente, ponerse en dos patas, tomar vuelo y realizar un salto algo largo. Algo imposible para un perro y menos para uno tan flacucho como ese. El imaginar lo bizarro que se veía aquel perro para llegar a la cima del contenedor me provocaba cierto sentimiento de incomodidad. Me quede pensando también en lo profundas y directas que se veían sus miradas. Tenían una mirada tan fija y personal, que no era propia de ningún animal. A resumidas cuentas, solo había visto un mirar de ese tipo en otros seres humanos. Por un momento recordé la historia de mi abuelo, pero pensé ese hecho solo había sido una coincidencia demasiado absurda como para relacionar con aquellos sucios perros callejeros de la historia de mi abuelo.

Fue la segunda noche que los vi, cuando confirmé que aquellos eran los perros que mi abuelo relataba en su historia. Eran cerca, o pasadas de las nueve de la noche, yo regresaba de la preparatoria, estaba en el turno vespertino, y para ese momento ya estaba bastante oscuro. Aquella calle en particular siempre estaba muy deshabitada, sin flujo ni presencia de muchas personas, más que ocasionales transeúntes como yo, que tomaban esos rumbos. A mí me agradaba caminar por calles vacías y, en consecuencia, hacía que esa calle fuera parte de mi ruta habitual de regreso a casa. Al voltear por la esquina para tomar dicho rumbo, pude apreciar a lo lejos, y por escasos treinta o cuarenta segundos, que los perros seguían ahí, y que uno de ellos estaba de pie, en dos patas, posiblemente preparándose para echar un salto hacia el basurero, junto como lo había formulado en mi mente la noche anterior. Apenas se percató de mi presencia retomó rápidamente su postura habitual de cuatro patas e hizo como si nada pasara. Aquello desató en mí una grande sensación de incomodidad, sin embargo, seguí andando en línea recta para una vez más pasar por el lado contrario de la acera. Esta vez, debido a que no llevaba tanta prisa como el día anterior, pude apreciarlos por más tiempo y a mayor detalle. Nuevamente me lanzaron aquella, ahora inquietante, mirada. seguí mi paso y los deje atrás, con esa misma sensación de inquietud transformándose en nerviosismo. Ya por la noche volví a pensar en ellos. Volví a ver sus facciones en mi mente, esa imagen de un can parado en dos patas, esa mirada tan humana con la que me veían, que, para un animal, era totalmente imposible, sus rostros, sus malditos rostros que reflejaban desgracia e inmundicia, eran la cara misma de la discordancia, de todo lo que estaba mal en este mundo. Así, todo empezó a tomar sentido y, para mi desgracia, aquellos eran los perros de los que solía hablarme mi abuelo. Fue difícil darme cuenta, sobre todo porque, de lo que me contaba mi abuelo, por alguna razón siempre los imagine como seres fantasiosos, como lo que creía que eran. Los imaginaba como perros muy grandes, con aspecto de lobo, atemorizantes, con dientes afilados, un pelaje vasto y de color negro profundo, de patas anchas con garras largas y bien punteadas, sedientos de sangre, salvajes. Pero no, eran mucho más atemorizantes que eso, eran reales; Altos, flacos, flacos, con las costillas expuestas por debajo de la piel, unas patas

delgadas que a duras penas soportaban el peso de su cuerpo, una cara larga y triste, con un hocico siempre seco que transportaba quien sabe cuántas enfermedades, una dentadura incompleta, tenían un pelaje cafésoso y sucio que escaseaba en algunas partes, mostrando heridas y rastros de sarna y, a su vez, en otras abundaba haciendo colpachas de pelo enredado y mugroso. En pocas palabras, un maldito perro urbano, con un compartimiento muy inusual en un perro. Lo que mas me atormentaba era la imagen de ese perro sobre dos patas, intentando llegar al contenedor, no había lógica alguna que pudiese sostener una teoría mínimamente aceptable de como ese perro podía realizar tal acción, la única explicación racional para mí, era que aquellos eran los perros que solían ser humanos. Aquella noche también me surgieron algunas dudas que jamás pudieron ser resueltas; ¿Cómo fue que mi abuelo conocía y contaba esa historia? ¿Porque nadie mas en el pueblo la conocía? ¿Qué tuvo que haber vivido el viejo para relatar esa historia? Yo hubiera querido poder preguntarle personalmente para así resolver estas dudas, de no ser por el simple hecho que él había fallecido hacía ya dos años. Entre aquel mar de cuestiones, misterios y dudas, el sueño le gano a las incógnitas y me quede dormido dándole vueltas al asunto.

El día siguiente Transcurrió igual de irrelevante que cualquier otro, lo interesante vino por la noche, cuando tenia que pasar por la calle donde habitaban los perros. Bien podía tomar una ruta alterna, pero algo me atraía, la intriga y las as de verlos nuevamente para confirmarme, aunque ya bien sabía que así era, que esos eran los perros de la leyenda, no me creía que fuesen reales, pero algo en mi me decía que no lo hiciera, que algo muy malo podía pasar, que esos perros no eran de fiarse, ¿Y si uno o varios de ellos decidían atacarme? o ¿Qué tal que esta vez al verme no se comportan como perros y veía sus tétrico andar en dos patas dirigiéndose hacia mí?, si algo así pasaba, no iba a poder defenderme, no tenía nada con que hacerlo, en mi mochila no portaba más que mis útiles escolares, nada lo suficientemente letal como para defenderme efectivamente del ataque de uno o varios canes. Después de infundirme a mí mismo ese miedo al "¿Y sí?", decidí alternar mi ruta ese día rodeando la calle donde se ubicaba el contenedor en que se reunían los perros y así lo hice. No sé si fue por el miedo que me provoque o por un mal presagio, pero esa noche, mientras estaba mi habitual insomnio pensando en dichas criaturas, me quede dormido. Y entre mis sueños, tuve una pesadilla que a día de hoy agradezco que nunca se hizo realidad. Me soñé en mi habitual ruta de camino a casa. En el sitio del basurero de los perros, esta vez me estaban esperando, y había algo que me mantenía andando, no podía regresar ni dar vuelta hacia atrás.

Gruñían, y ¡Oh! vaya gruñidos que hacían, nunca había oído un ruido tan infernal como ese, era como el roncar del mismísimo diablo dirigido hacia mí. sus gruñidos provocaban que sus labios se levantaran dejando ver sus encías y sus dientes exponían la podredumbre de sus hocicos. Y yo seguía avanzando. Justo cuando pase por la parte en la que solían fijarme la

mirada, se echaron a correr hacia mí, yo trataba de correr, pero mis pasos eran pesados y entre más trataba más lento me volvía, el final de la calle se alargaba, haciéndola parecer infinita y, cuando volteé para ver qué tan cerca estaban, uno de ellos ya se encontraba en el aire dirigiendo con su putrefacto hocico, una mordida hacia mi rostro.

Desperté sudando y respirando muy fuerte. Ni siquiera el confort de estar en mi casa me hacía sentir seguro, sentía miedo, el nerviosismo me comía, sentía que algo no estaba ro ni siquiera me atreví a salir de la cama, me quedé acostado de lado, tapándome con la sabana todo excepto la cara, cabe mencionar que no dormí esa noche. Concebí el sueño hasta que la luz del sol ya se colaba por en medio de las persianas entreabiertas de mí cuarto.

Me desperté cerca de la una de la tarde, se me había hecho tarde para la escuela, apenas tuve tiempo de tomar una ducha rápida y arreglarme para partir. Pero, antes de salir de casa, solo por precaución, tome una navaja afilada que guardaba bajo mi cama para casos de emergencia, bueno, pues hoy había llegado el día de cumplir su propósito. Ya en la escuela, estaba demasiado desvelado como para concentrarme del todo en la clase, así que dejé de poner atención y dormí las últimas tres clases. Desperté casi al final de la última, y me comencé a preparar mentalmente para lo que vendría. Sali de la escuela y seguía alistando mis sentidos para la confrontación de esa noche. Así es, por más estúpido que suene, sin importarme cuan arriesgado que fuese, yo volví a pasar por la dichosa calle de los perros una vez más, y no solo por verlos, si no por desafiarlos, quería ver cuál era su límite, que era lo que realmente podían hacer esas diabólicas criaturas. Después de todo, esto no era un sueño, ahí si iba a poder correr, la calle tendría final y, lo ms importante, tenía mi navaja conmigo y estaba dispuesto a usarla en caso de requerirse. Así que me abrí paso, caminé por la calle sin temor alguno, hasta que los vi, esta vez no hacían nada en particular, ninguna de sus innaturales maneras de comportarse, simplemente estaban ahí y eso me desconcertó, era como si me estuvieran esperando, como si ya hubiesen premeditado que yo pasaría por ahí esa noche. No me deje intimidar por eso, y seguí andando. Pase por el otro lado de la hacera sin mayor preocupación, todo parecía salir bien, exceptuando que, a uno de los canes le dio por comenzar a caminar hacia mí. En cuanto note su paso, todas mis alertas se dispararon y empuñé la navaja, que estaba en mi bolsillo erecho, pero sin sacarla, solo la apreté muy fuerte preparándome para lo peor. El maldito perro no estaba jugando, no me estaba probando no detuvo su paso y, cuando considere que eso ya estaba yendo demasiado lejos, saque sin más la navaja y la apunte hacia él, -Ni se te ocurra- Dije en un tono entrecortado y alto, después de eso todos los otros perros ya estaban un paso adelante, en posición de ataque, listos para salir corriendo a por mí. Todos ahí nos quedamos inmóviles, eso me dio tiempo de pensar lo que estaba a punto de hacer, lo que iba a provocar si es que lo hacía y las consecuencias que habría. Lentamente fui estirando el brazo hasta que

quedo completamente extendido, invertí la navaja de su posición vertical a horizontal y la deje caer al suelo, rogando que, ante la acción, los perros no aprovecharan la oportunidad de atarme estando desarmado. Nada paso, se quedaron inertes, no sabía que hacer o si algo malo sucedería, así que tome lo último que me quedaba de valor y salí corriendo. Una esquina antes de girar, volteeé una vez más hacia atrás y ahí estaban, donde mismo, mirándome fijamente y así se quedaron hasta que por fin di la vuelta en la esquina de la calle de mi casa. Esta vez al estar en la cama no medio por pensar en los perros, simplemente quería olvidarme del tema, porque sé que estuve muy cerca de arruinarlo toda esa noche. Simplemente me acosté y traté de concebir el sueño, para mi desgracia lo hice rápido, y digo desgracia porque nuevamente tuve pesadillas. Esta vez me soñé en el momento en el que saqué la navaja, soñé que sin pensarlo me lanzaba hacia al perro y comenzaba a apuñalarlo una y otra vez pero este no moría, solo hacia un chirrido horrible y me mordía el brazo, juro por dios que pude sentir ese dolor, era terrible, como si sus colmillos estuvieran prendidos en fuego, quemaba, y yo seguía apuñalándolo pero nada pasaba y cuando menos lo esperaba, los demás se lanzaban hacia mí, uno tras otro, no podía despertar, el horror duro un buen rato, y entonces, me desperté. Pero no porque la pesadilla hubiese terminado, que eso era lo que creía, sino porque acababa de comenzar. evamente estaba empapado en sudor y mi respiración estaba muy agitada, mi corazón palpitaba muy fuerte. Pero había algo más, algo estaba mal en el ambiente, sentía una mala vibra a mi alrededor, y no como la noche anterior, que solo sentía que algo no estaba bien. Esta vez, estaba seguro de que algo no estaba bien. Así que me temí lo peor, los perros estaban ahí, y en efecto, así era. No estaban dentro de la casa, lo sentía, estaban afuera, solo que no me atrevía a asomarme, espere unos cuantos minutos, pero la sensación de incomodidad no desaparecía, en verdad estaban ahí. Me levanté de la cama temblando, el miedo en mi estaba en su máxima expresión, me dirigí hacia mi ventana, que daba directamente a la cochera, hice ligeramente a un lado una de las persianas y la imagen del horror me fue revelada, los perros estaban al otro lado del portón de la cochera. Los podía ver perfectamente a través del barandal, uno al lado del otro, formados en línea recta. No sé si notaron que los vi, pero yo si los vi a ellos. Incluso entendí por qué estaban ahí, capté lo que me querían decir con esa aterradora visita. Esa era una advertencia, como si me trataran de decir "Sabemos dónde vives, no te metas con nosotros" Lo entendí perfectamente, era una manera muy inteligente de decirme que me alejase de aquel basurero. Pasado un rato me retiré a la cama, nuevamente, no concebí el sueño, me la pasé sentado mirando hacia la nada, esperando que, al otro día, cuando mis padres o mis hermanas salieran por la mañana, no se topasen con esas criaturas. Echaba vistazos cada hora para cerciorarme si aún estaban ahí, se retiraron como a eso de las seis de la mañana, justo la hora en que mi madre salía al trabajo. Ni siquiera así pude dormir.

Para ese entonces era viernes ya, ese día no fui a la escuela, de nuevo estaba demasiado desvelado, después de todo, ni siquiera había dormido y se seguía sintiendo demasiado mal como para hacer cualquier cosa, fingí estar enfermo. La fatiga por falta de sueño y las ojeras, me ayudaron a aparentar que e verdad lo estaba. Pase la mañana tratando de distraerme con lo que fuera, todos mis intentos fueron en vano, pues siempre volvía a pensar en los sucesos acontecidos la noche anterior. Hasta que, a las tres de la tarde, el sueño fue tanto que me quede dormido en uno de los sillones de la sala.

Desperté más o menos a las diez de la noche de ese mismo día, no había nadie en casa, todas las luces estaban apagadas y ya había oscurecido. Lo primero que hice fue resolverme la inquietud, me asome por las persianas y no estaban los perros, eso me alivio un poco. Pero decidí ir más allá y salir a la calle, nada, no había presencia de ningún animal por dicha calle. Ya temiendo el cometer un grave error Decidí ir hasta la esquina que daba con la calle de los perros y dar una asomada. Para mi sorpresa estaba vacía, no estaban los perros en el contenedor ni cerca. camine un poco, solo para asegurarme de que la vista no me estuviera engañando, pero no, realmente estaba solo el contenedor. Tan proto me acerqué, empecé a notar un olor raro en el aire, como de podredumbre y no la podredumbre que los peros portaban consigo, olía a muerte, a que algo en descomposición se encontraba cerca, el olor era bastante fuerte. Pronto note que olor venia de la casa en obras negras que estaba abandonada justo al lado del contenedor. Ya que no estaban los perros, me di el lujo de adentrarme un poco más en su territorio. Entre a la casa, a día de hoy recuerdo ese como el peor momento de mi vida. En cuanto di unos pasos hacia el fondo de la casa, vi a todos los perros ahí dentro y trataban de arrastrar un cadáver humano hacia uno de los cuartos oscuros de la casa.

Había un rastro de sangre desde la entrada hacia donde se encontraban. Se me helo la sangre, no pude reaccionar ni hacer ningún movimiento. Los perros ni siquiera me prestaron atención, estaban demasiado concentrados arrastrando a su presunta presa hacia los adentros de la casa.

Lo pensé lo suficiente y me decidí, lo que tenía enfrente de mi era un maldito cadáver, un cuerpo en descomposición, lo más cuerdo era llamar a las autoridades y dar parte del asunto. un hombre muerto, no me importaba si los perros o alguien más habían cometido el homicidio, era un hecho que se tenía que hacer algo, alguien tenía que saberlo. Saque de mi bolsillo aquel ahora antiguo teléfono celular que aún conservo, deslice la pantalla y comencé a teclear el número de la policía local. En cuanto realice la acción, uno de los perros, el que ahora sé que era el líder de la jauría, volteo hacia mí, solamente el, me dirigió la mirada furtiva que yo ya bien conocía, la mima que me lanzaron con su anterior advertencia. Entonces, más por respeto que por miedo, deslicé hacia abajo la pantalla del celular y lo guardé en mi bolsillo. Me siguió mirando por un par de

segundos y yo le asentí con la cabeza, en señal de que todo estaba bien, haciéndole saber no llamaría a las autoridades. Al parecer lo entendió, pues continuo con su labor. Estuve ahí parado hasta que metieron el cuerpo a la deshabitada y oscura habitación del fondo, luego, me marché tranquilamente. Ya no tenía nada en que pensar, definitivamente lo había visto todo. Ni siquiera me importo si lo que había ha hecho estaba bien o no, me daba igual si eso me convertía en cómplice del crimen, porque esta vez, y ahora por muy poco, había logrado salvar nuevamente mi pellejo. No hubo insomnio, no hubo nuevos pensamientos que le dieran más vueltas al asunto y tampoco hubo pesadillas. Esa noche pude dormir tranquilamente.

Desperté el día siguiente a las seis de la mañana, todos en la casa estaban dormidos y nuevamente tenía la sensación de que los perros estaban ahí. Esta vez no asome por la persiana, había visto lo que hicieron la noche anterior y era momento de confrontarlos. Sali por la puerta principal, pero para mí descocerte, solo había dos de ellos, el líder y uno pequeño, uno nuevo que nunca había visto. Fue ahí que lo entendí todo, entendí que estaba pasando la noche anterior y entendí por qué estaban ahí esa mañana. Ese nuevo cachorro era el hombre muerto de ayer o, mejor dicho, aquel pequeño perro solía ser humano, era el nuevo miembro de la manada y muy obablemente había sido un mal hombre en vida. Todo tenía sentido. El líder me lo estaba prestando y a su vez fue un agradecimiento por lo de la noche anterior. Sé muy bien que, si hubiera podido hablar, me hubiese dicho "Gracias, ahora estamos a mano" pero se limitó a asentir con la cabeza, justo como yo lo había hecho una noche antes. Definitivamente estábamos a mano así que nuevamente asentí. Después de eso, se marcharon. Esa fue la última vez que los vi.

Nunca más volví a verlos en el contenedor al regresar de la escuela. Al principio, comencé echando vistazos a la calle del contenedor y ahora siempre estaba vacía, ocasionalmente volvía a pasar por ahí, hasta que nuevamente se convirtió en mi ruta habitual. Jamás volví a verlos por ahí o por las cercanías. Nunca esas figuras tan humanas encerradas en cuerpos de perro volvieron a aparecer por la colonia.

Tampoco supe que fue de ellos. Solo sé que están ahí afuera, comportándose como humanos, hurgando en los basureros y añadiendo nuevos miembros a su jauría. Y más que nada sé que son reales, son, los perros que solían ser humanos.